El río

pedro bedascarrasbure



Pedro Bedascarrasbure
pebedas@gmail.com

Junio 2009

Producciones Independientes Morosophos
morosophos.editorial@gmail.com
www.morosophos.blogspot.com

Ilustración de tapa: Juan Pablo Giusepponi - *paralogicamente@hotmail.com*
Diseño de tapa e interior: Florencia Del Gesso - *Morosophos*

Indice

El río

pedro bedascarrasbure

«Así una vez más, para dormir después con la cara empapada de un llanto estúpido, hasta las once de la mañana, la hora en que traen el diario con las noticias de los que se han ahogado de veras.»

Julio Cortázar

Bestiario

Un bestiario sin seres mitológicos, fantásticos, monstruosos sería un despropósito.

Un catálogo de cotidianas criaturas de jardín, pese a obtener un tratamiento exhaustivo, es una pérdida de tiempo.

Habremos de llamarnos al silencio y sólo salir a la luz para decir algo enorme.

Señores, nosotros somos las bestias.

Cinta abierta

«La puerta es la que elige, no el hombre»
J. L. BORGES

Es una mano. Es una mano que carga un paraguas negro de regreso a casa. Es una tarde húmeda de verano, en la que sólo la intención de una brisa por ser fresca desataría el diluvio.

Es un camino largo y ella esta cansada. Cansada aunque feliz, acaba de amar, acaba de cumplir su destino.

Es una tímida gota que cae sobre la punta de su nariz. Es el aviso de que vienen más, muchas más. Es un viento caliente y gotas que pareciera que caen horizontalmente. Es un paraguas negro que se abre, un protector, un pájaro que despliega sus alas.

Es una ráfaga, un estornudo de la tormenta que procura arrasar con todo, levantar vuelo, una mano que aprieta con un cuerpo que quiere servir de ancla. De repente ciudad, ahora océano, ahora lago infinito, ahora cielo con luces, cielo con rayos y con fuego, cielo con furia y mar con mar. Fantasma negro revelado, más grande que un albatros, queriendo ser libre, revoloteando entre las nubes, escapándose, entre las luces del diluvio; una mano que se hunde en el agua, ahora solitaria, ahora sin ancla ni escape, pero que se pierde feliz de haber cumplido.

Paraguas, manto que envuelve una noche negra, que se enamora del viento, de la noche y de sus resfríos, que juega a ser ave, revolotea por los cielos. Y de repente explota. Ama y eso lo lleva más allá. Explota en diez cuervos, que no pueden contener tanta vida, que son mensajeros de la muerte, que explotan en mil mariposas negras que se agotan rápido, en ese juego de esquivar las pequeñas lágrimas del verano y que explotan en miles de miles de ojos y confundiéndose con la lluvia, con cada gota, confundiéndose con el nuevo océano y forman un gran mar negro, un mar redondo oscuro y profundo un ojo de mil ojos.

Fueron sus pupilas lo que observó, era lo único que observaba, a ellos, a ellos a quienes no sabía si detestar o no. Él gemía exageradamente, gritaba molestándola, pero sus ojos negros eran cautivantes. Ella sintió que podía enamorarse con sólo su mirada. Siempre lo sentía de un modo distinto y era la única forma de perdonarse, de salvar su alma, de justificar su falta de respeto al amor mismo.

Él ya dormía. Ella recogió el dinero que estaba sobre la mesa de luz y se tomo de un trago lo que quedaba de vino en una copa. Escuchó el primer trueno muy

a lo lejos y se permitió tomar uno de los paraguas, el más viejo, el más grande, el mas negro. Él no se molestaría.

Sin hacer demasiado ruido se encontró caminando por la calle, se vio en una vidriera, bostezó feliz, conforme, intentando convencerse de estar haciendo lo correcto, de amar esas pupilas, ese océano negro y sentir el aire caliente en la cara, revoloteando bajo la falda, ese aire completamente estancado. Bajó la mirada, encontró con sorpresa lo inesperado, el hueco en el aire que crece, sus uñas, la pulsera, el reloj, su pullover, el ancla. Es una mano. Es una mano que carga un paraguas...

Han de ser cientos de grillos, y como hay tantos al unísono, no se nota cuando uno deja de chillar, y no hay ningún ritmo, es como una sola nota, que se mezcla con el zumbido de la ciudad a lo lejos, con perros que ladran y con el clo-clo distante de algunas ranas.

La noche lentamente se refresca, hora tras hora y el pasto cae sobre el rocío en el que me tiendo de espaldas.

La cara al cielo y siento que con la punta de mi nariz puedo tocar una estrella, puedo así comenzar una de mis tareas favoritas, permanezco horas o años mirando algo, cualquier cosa, un punto fijo tanto tiempo como para deshacerme del vértigo, de la mirada más urgente y fría y así empezar a notar los detalles, que se van dejando ver con timidez, como una flor que se abre, sin pedirle permiso al amanecer ni a nadie.

Primero es un manto azul, con un puñado de puntos celestes desparramados al azar, después una estrella, como un paraguas que se abre entre la multitud (que en ese instante no existe, no existe nada más y somos dos con los labios unidos). Todo es tan tieso, todo está anclado en el infinito, hasta que de repente una estrella fugaz nos guiña un ojo y hay que pedir un deseo y todo vuelve a la calma, como si nada hubiera pasado.

Un satélite de repente, una lata llena de papeles con números, metida a la fuerza en medio de toda esa calma. Un condenado científico de película, de lentes gruesos y delantal blanco, sin papás que le hayan enseñado a hacer una huerta lo puso ahí, para dormir tranquilo al calor de la televisión.

Para mí ya casi no tiene importancia, para mí es tan hermoso en esta noche que podría aceptar que apaguen las luces y que las cosas queden así, para siempre, congeladas en un instante eterno. Un bostezo, aprieto los ojos.

Espiral

El concepto es espiralado, pero lo importante aquí realmente no es el fondo, sino la forma. Por eso me ahorrare alguna explicación. Solamente importa sentir en la boca del estómago la velocidad, el movimiento, la fuerza centrífuga. Ni siquiera importa la dirección, hacia dentro o hacia afuera un espiral siempre será un espiral y la velocidad siempre será la velocidad.

«Quiero además, que sean juzgados en completa desnudez de todo lo que los rodea y que para esto no se les juzgue hasta después de muertos. Es preciso también que el juez esté completamente desnudo, muerto, y que examine inmediatamente por su alma la de cada uno en cuanto muera, se halla separado de todos sus parientes y deje todas sus galas en la Tierra, a fin de que su fallo sea justo.»
GORGIAS, PLATÓN

El Conde se presentó en sueños, a lo largo de varias noches; siempre la misma escena, el mismo momento del día. Pequeñas revelaciones fueron conformando, a modo de piezas de un rompecabezas, un interrogante que aún no he resuelto y que me obliga a escribir estas palabras.

En esos días me encontraba aislado en mi estudio traduciendo los prospectos de una docena de medicamentos provenientes de Alemania que pronto serían vendidos en el país. En mis momentos de esparcimiento releía un poema de Poe, el Cuervo, de un libro muy viejo que le había robado a mi padrino algunos años atrás. Los grabados que contenía en sus páginas eran maravillosos.

No fue poca la sorpresa al descubrir que los sueños se desarrollaban en el mismo lugar que el poema. La habitación se recreaba en mi mente, sus enormes ventanales cubiertos de seda púrpura, el busto de Palas sobre la puerta; una medianoche taciturna, afuera la tormenta que proyectaba sombras espectrales en la penumbra. Yo ocupaba el espacio del enamorado, en medio del gigantesco estudio, del cual el mío, el del mundo real era como una versión a escala.

Lentamente, en una silla al otro lado del escritorio se presentó el Conde.
Primero fue una nube amarillenta que se concentró poco a poco formando una masa inexpresiva, un maniquí. Luego el polvo de los rincones, de los libros, del busto y de todas partes voló hasta él o eso, llevándose consigo polillas, arañas y otros bichos que iban encontrando su lugar, dándole forma y color a su cuerpo.

Debo reconocer que las primeras noches eso fue para mi un espectáculo sorprendente, pero a la larga, cuando lo que realmente importaba eran sus palabras, se tornó tedioso y aburrido.

Fui conociéndolo y pude traspasar la barrera de su carácter. Comprendí que casi era un sabio. Arrastro la sospecha de que seguirá siéndolo por siempre, pero que nunca lo será por completo. Había interminables sueños en los que enumeraba una y otra vez sus logros, describiendo al detalle cada una de sus propiedades, de los castillos que le habían pertenecido en vida. También relataba batallas, proezas, traiciones y favores.

Concluí que ser casi un sabio y un completo imbécil son al fin de cuentas lo mismo y aún más cuando se tiene una eternidad por delante.

Una noche, habló de la puerta.

Ya no recuerdo qué dio origen a su comentario, pero desde ese momento, sentí que desde siempre había hablado del tema y que hacia delante, lo haría hasta desaparecer. Su comentario fue como una piedra que cae en medio de un estanque, que provoca cientos de ondas y todo lo perturba. Quizás sea demasiado aclarar que yo fui ese estanque y que hasta ahora no me ha dejado tranquilo.

Un escorpión le había picado, provocando una semana de fiebre y delirios. El veneno avanzó poco a poco y confundido con una pesadilla más se encontró con el ángel de la muerte cara a cara.

En las dos noches siguientes no dijo nada al respecto, pero supe esperar. Durante el día la vida había pasado a un segundo plano, seguí traduciendo los prospectos pero era sólo una excusa para llegar a la noche. Sacrifiqué un rincón de mi estudio en donde había un pequeño tocadiscos con su mueble para instalar allí un diván y poder escaparme a media tarde y escuchar sus palabras.

Se encontraban en un cuarto al parecer no muy grande, en medio una mesa y ellos sentados uno a cada lado. Sólo había una jarra de cristal con agua y dos vasos. Detrás del Conde no había pared, se podía ver claramente el mundo. Detrás de la muerte había una pared, y en el centro de esta, una puerta.

Según su testimonio rápidamente comprendió la situación y al instante comenzaron las negociaciones. Ambos se presentaron. El ángel parecía apresurado por tomar la palabra, aunque hablaba con suma tranquilidad, despacio y modulando claramente para evitar cualquier malentendido. Le explicó que su muerte se había dado porque el veneno del escorpión alcanzó su corazón y lo detuvo. Y que ahora debería escoger el modo de enfrentar la eternidad.

Tenía dos opciones:

Por un lado podría seguir viviendo en el mundo, como un espectro y así ver el devenir de las generaciones, de su familia y poder recorrer sus caminos pasados, sus recuerdos siempre vivos, hacia delante y atrás moviéndose libremente en el tiempo, atestiguando cada instante de la humanidad. Debía pararse y salir del cuarto por la inmensa abertura a sus espaldas.

Pero también tenia la opción de rodear la mesa y cruzar la puerta. En ese preciso instante tendría acceso a toda la sabiduría del universo y constantemente se sentiría en un estado de gracia y felicidad plena. Pero también en ese preciso instante tendría que renunciar a todo lo que había sido antes y pasar a ser sólo un alma, esencial, sin memorias, sin recuerdos, sin familia ni amor como el que conocemos. Podría extenderse la sospecha de que el estado de gracia lo justifica.

No debo aclarar la elección del Conde. Supongo que dijo algo indebido o que en realidad tenía la misión de comunicarme esa sabiduría porque de esa noche en adelante no volvió a aparecer.

Yo aún no sé con qué quedarme... *y no he dormido nunca más.*

Doctor, quiero estirar mis brazos.
¿Qué?
Si, lo que escuchó.
No comprendo.
Ya escuchó. Yo le pago y usted me opera.
Disculpe que le diga esto, pero lo que me pide no sólo es una estupidez, sino que es médicamente imposible.
Entonces máteme.
¿Eh?
Si doctor, si no puede hacerlo entonces máteme, aquí y ahora.
Usted está loco.
Puede ser doctor, pero también puede ser que no tenga otra opción.
No entiendo ¿Podría explicarse mejor?
Cómo no.
Baje de la báscula y tome asiento. Aquí, a mí lado.
Muchas gracias.
¿Café?
Por favor, pero sin azúcar.
Aquí tiene.
Gracias.
Por nada. Ahora explíqueme.
Doctor.
¿Qué?
Quiero estirar mis brazos.
¿Por qué?
No soy feliz.
¿Y por qué razón tendría que serlo?
Para una mejor digestión.
Lo comprendo. Más de lo que cree.
Anoche, casualmente estaba en el baño, afeitándome. Cuando en medio del proceso, mientras silbaba una canción de la radio, sobre un perro que sueña con ser su dueño ¿la ubica?
Mmm ¿de quién es?
No lo sé, pero es hermosa.
Muy hermosa.
Continúo.
Continúe.

Según le contaba, anoche me estaba afeitando. Oh! en este lugar me siento tan cómodo, podría estar toda la vida.
Habría que pedir algo que comer, pollo, por ejemplo.
Por su puesto.
Menos mal, sino sería una verdadera tortura.
A decir verdad, yo también me siento muy cómodo aquí.
Si usted lo dijo.
¿Qué cosa?
Nada, prosiga.
Ya había acabado con todo el lado izquierdo de mi rostro.
Disculpe, ¿usted con qué mano se afeita?
Con ésta.
Ah, mire qué raro, yo me afeito con ésta, y también comienzo por el lado izquierdo.
¿Y cómo lo hace?
Así, ¿y usted?
Así; debe ser cuestión de acostumbramiento.
Debe serlo.
Sí, ¿dónde estaba?
Empezando con el derecho.
Ah, no; no había llegado a empezar cuando, por torpeza de mis dedos se me cayó la gillette al suelo.
Sí.
Entonces se me ocurrió hacer algo distinto. Levantarla.
¿Y que tiene de raro eso?
¿Cómo que qué tiene de raro?
Sí, eso sería lo más natural del mundo.
Usted doctor realmente me sorprende, es el encargado de cuidar mí salud, de protegerme y sale con cada cosa… ¡Gérmenes doctor! ¡Gérmenes! ¿Cómo podría levantar esa navaja del suelo del baño, toda llena de gérmenes y acercarla a mí rostro, ponerla en contacto con mí sangre?
Yo uso un poderoso desinfectante de suelos, ya que no tolero ni a los gérmenes ni a las bacterias.
Ahora lo comprendo. Después, antes de irme, si es que no me mata, dígame de qué marca, así lo compro.
Con todo gusto.
Allí estaba yo, de pie frente al espejo. Estiré mi mano para alcanzarla, pero no llegaba más allá de mi muslo. Esforzándome toqué mi rodilla, pero no más.
¿Entonces? Porque ahora lo veo completamente afeitado.
Tomé una del botiquín. Terminé mi tarea y lloré en silencio mientras lavaba los platos.
Cuánto lo siento.
Ahora podrá entender que es algo de vida o muerte.
¿Y por qué estirarse los brazos, si podía agacharse?
Oh no, no puedo agacharme.
¿Por qué no?

Hace algunos años trabajaba en una empresa de mudanzas, cargando bultos. Allí con un piano sufrí una gran lesión en mi espalda.
¿Y nunca intentó curarla?
Jamás. Por este traumatismo cobro una jugosa indemnización mensual que me hace tener una buena vida. De solucionar mi inconveniente ésta sería removida, dado que estaría en condiciones de regresar al trabajo.
¿Y qué hay de malo con ello?
¡Es terrible! Ese trabajo, mejor dicho, el trabajo en sí me hace profundamente infeliz; de hecho, que quede entre nosotros…
Quedará, tranquilo.
Lo estoy. De hecho, en parte yo provoqué mi lesión.
Oh, seguramente es terrible su dolor.
Sí.
Voy entendiendo. Usted no me da muchas alternativas. Lo correspondiente sería solucionar su espalda, pero eso lo haría trabajar, sentirse infeliz, y terminaría matándose. Si no tendría que matarlo aquí y ahora, con mis propias manos.
O golpeándome con la báscula.
Buena idea. Tendría que matarlo o estirar sus brazos.
Vida o muerte.
Me pone en un aprieto.
Lo está.
Déjeme pensar.
Piense rápido que hay más pacientes esperando.
¡Oh! ¿Quiere que la solución se la dé hoy?
¿De qué otra forma podría ser?
Comprenda que es una operación nunca antes realizada.
Lo comprendo más de lo que cree. De hecho he realizado los siguientes esquemas que quizás le sirvan de ayuda.
¡Esto soluciona todo! Espere que llame a mi secretaria para que prepare el quirófano. Mientras tanto usted colóquese esta bata.
Cómo no.
Con permiso. De a poco se irá sintiendo más adormecido, es el efecto de la anestesia.
Puedo notarlo.
Ahora despierte.
Doctor, he quedado como lo soñé… pero, no puedo hurgar en mi nariz, es imposible. Me siento tan desdichado.
¿Comprende que tendré que matarlo?
Lo comprendo.
Lo mataré.
¿Le alcanzo la báscula? Desde aquí llego con mucha facilidad.
Por favor.
Aquí tiene.
Gracias. Sé que no es momento, pero ¿le pagó la consulta a mi secretaria?
Lo hice antes de entrar.

Menos mal. ¿Podría inclinar la cabeza un poco más?
Cómo no.
Así está que da gusto.
Doctor.
¿Qué sucede?
¿Tiene algo en el estomago?
No, ¿por qué?
Con la sangre y todo, ¿no le caerá un poco mal esto del asesinato?
Ahora que lo dice, sí.
Entonces hagamos lo siguiente: yo ahora me voy y regreso después del almuerzo.
¿Le parece bien?
Pero tendré que cobrarle doble consulta.
No hay problema por eso. Hasta luego.
Hasta luego.

…

Como la novia de Castel, que sonreía en la oscuridad, en los museos las pinturas viven y se divierten a su manera y allí si alguien les toma una fotografía ellas sonríen con todos los dientes. Es por eso que los directores de todos los museos del mundo se han puesto de acuerdo en prohibir que fotografiemos los cuadros, porque son personas muy especiales y saben guardar secretos. No así la pintura de Leonardo, que esta encantada, que no se contiene y que en cualquier momento no aguanta más la tentación y larga la carcajada.
En el Louvre están contemplando el caso.

Me recorrió los labios y la boca entera un sabor como a tierra, como a hierro; pude darme cuenta que se trataba de algo de sangre que me despertó y de inmediato, zigzagueante, trepó hasta mi nariz con un olor horrible, espeso, como a muerte o al menos a animal muerto. Nació un dolor duro y negro y mi lengua en el agujero de la muela que anoche habían sacado. Sentir la herida, nuevamente la sangre y como un chorro otra vez ese olor a final. Inexplicable casi, se apoderó de mí un miedo frío, un miedo con boca seca, un miedo sudoroso que me dejó inmóvil, como atado a mi cama, mirándote.

Ahí estabas, hermosa, desnuda, lejana, sumergida en tu sueño; sin sentir dolor alguno, con tanta vida fluyendo por tu cuerpo.

Es inexplicable, pero mi boca estaba llena de sangre, había comenzado a brotar de la herida, pero no podía haber salido solamente de ahí. De algún modo había llegado a mi boca tanta sangre como para llenarla, y seguía saliendo, tomando lugar por todos los recovecos, dejándome con las mejillas infladas.

Con mi cuerpo petrificado ante el tuyo y sin poder avisarte lo que estaba pasando aguanté, mientras pude, pero una tos demostró que no se podía más, y abrí la boca, y salpiqué todo tu cuerpo con la sangre, que ahora brotaba como una cascada, desde mi boca a tu cuerpo. Y mientras caía pude notar que la piel se te volvía rosada, mucho más delgada y delicada de lo convencional. Como un derrame pequeñísimo apareció una línea roja, que se unió con otra, y así todo tu cuerpo fue dibujándose de telas de araña. De los delgados cortes que se unían se desgarró tu piel, tenías heridas enormes, heridas más grandes que mi boca, que te recorrían todo el cuerpo, pero no sangrabas, toda la sangre que ahora inundaba la cama había salido de mi boca.

Allí pude razonar, y aunque era ilógico, comprendí que esas heridas habían sido provocadas de alguna manera por la sangre que salía de mi boca, y que caía directamente, como si te bañara, sobre vos, que ahora parecías palidecer, que parecías estar siendo exprimida, cada vez más delgada. Era la única razón, de ahí salía, por eso no había sangre en tus heridas. Lo que brotaba de mi boca, no salía de otro lado que de tu cuerpo. No entiendo la razón, pero ahí estaba yo, exprimiéndote, lastimándote, mientras a mi lado descansabas, me acompañabas, eternamente, más o menos lejana, pero que ahí estabas.

Pude notar por primera vez algunas sacudidas de tu cuerpo, casi imperceptibles, pero es que te estabas peleando con la muerte, gritándole que querías quedarte a mi lado, más allá de cualquier herida, a mi lado.

Vencí el miedo y logré acercar una mano hasta tu hombro, también pude, no sé cómo, hacer que el flujo de sangre decaiga, notablemente. Sentí los latidos de tu

corazón, unos golpes fuertes, sentí que te estabas yendo, pero torpe yo porque en realidad estabas de regreso, noté que los latidos se volvían más regulares; me alejé de tu cuerpo y las heridas comenzaron a desaparecer, hacían el camino contrario al que hace unos instantes había visto. La sangre, la sangre ya no salía de mi boca. Te moviste, aun dormida, como resistiendo algún dolor, y me acerqué para darte un abrazo, para contenerte.

Quise acariciarte, pero mi mano ya no estaba ahí, la cama no estaba inundada, y tus heridas habían desaparecido, ya no estaba mi brazo ni mi muela, ni el hoyo para demostrar su ausencia. Giraste tu cuerpo sobre la cama, abriste los ojos y yo ya no estaba ahí.

Drop me off in Harlem

«Drop me off in Harlem,
any place in Harlem,
there's someone waiting there
who makes it seem like
heaven up in Harlem.»
DUKE ELLINGTON

Un trompetista negro y muy pobre toca jazz y blues en un cabaret de Harlem. Está profundamente enamorado de una prostituta un poco triste y gorda que se llama Isabel. Él es infinitamente introvertido, jamás le confesará su amor, aunque todas las noches, a las cuatro y media de la mañana comparten una botella de vino tinto y un cigarrillo de marihuana.

Cuando sale el sol ambos vuelven a sus hogares, cada uno a su camino.

Él alguna vez tocó en una gran banda en el ejército y en la preparatoria, pero prefirió morirse de hambre intentando tocar como Satchmo.

Un día se despierta y encuentra una carta bajo su puerta, en ella se le avisa que se lo cuenta para integrar la orquesta de ángeles en el Día del Juicio. La dobla y la guarda en un libro viejo y polvoriento.

Esa noche toca jazz y blues con una orquesta de ángeles en un cabaret de Harlem. Esa noche, a las cuatro y media de la mañana comparte una botella de vino tinto y un cigarrillo de marihuana con Isabel.

Cuando sale el sol ambos vuelven a sus hogares, cuando se despiden él la besa en una mejilla, muy suavemente, cada uno a su camino.

Ellos se aman.

La noche siguiente será igual. Y así, como si nada hubiera pasado.

Una periodista se acerca al doctor Cotarro, quien acaba de brindar una conferencia y ahora descansa con una taza de té entre sus manos. Entorna los ojos y respira profundo. Los años no vienen solos. Ella le realiza la siguiente pregunta:

Doctor, ¿qué puede comentar sobre la opinión de los críticos, quienes dicen que usted, en sus escritos, en su obra, suele repetirse?

El doctor baja la mirada y con pesar responde:

Es cierto. Me repito. Me repito... Cada mañana me levanto, con una calma forzada y camino hasta el baño; mientras me lavo los dientes me desayuno que ya un día más me he repetido, que soy el mismo que ayer y así...

La quinta no es demasiado. Hay lugar para una casa con un gran alero de paja, allí donde termina nace una pileta del largo de la casa (unos diez metros) por la mitad de su ancho.

Más allá, un monte de eucaliptos, pinos y álamos, que se extiende como un abrazo rodeando el lugar. Hay un jazmín enorme y lleno de flores blancas que se roban las tías para tener la casa perfumada; hay una pelota de fútbol y hace un tiempo, ya casi un año que nadie limpia la pileta. En auto uno está a no más de quince minutos del centro de Olavaria. Faltan pastelitos de dulce de batata, pastas frolas, mates con mucho azúcar y camisas de mangas cortas colgadas en las sillas.

Es verano y hace calor, son alrededor de las dos de la mañana, pero la radio no se calla, un dúo de brasileños habla sobre los vicios y la familia. Nunca se callan, un vaso de agua y uno de vino, uno abre la caja musical y nace la melodía, ocre, un poco como la resina cuando uno se apoya en un pino, y se mancha y queda pegajoso.

Del centro de la pileta salta una cabeza, unos hombros, un torso que se pone de pié con una tos seca y una bocanada de ginebra. Ni violeta de la asfixia ni rojo de la borrachera, o más bien un poco de ambas. Dos atados de cuarentaytressetenta desde la mañana, con un trozo de pan (el cuerpo) y lo último que quedaba de un licor de café un poco lleno de borra o algo (la sangre).

Está parado con una increíble cara de infeliz en el centro del espejo de agua. Da un poco de lástima, se podría decir. Antes se dejaba unos pelos largos del lado oriental de la cabeza, los peinaba con Lord Cheseline para la derecha mientras miraba una película de pistoleros y creía que disimulaba la pelada, pero ahora, mojado y más largo que de costumbre se adhiere a la cara y le entra por la boca.

Ha abandonado siete kilos y desde dos noches atrás no duerme o al menos no recuerda haber hecho otra cosa que tomar (prudentemente alimentar la llama y que la hoguera acabe con todo, que destruya al Rey Momo).

Sus manos, como esposadas pasan por los hoyos de un bloque de hormigón. Las desliza con delicadeza, aunque ya se ha raspado bastante profundo y una gota de sangre se ve caer al agua. Se limpia los ojos con la manga, para poder abrirlos, pero se mancha y ahora sí tiene la cara roja de verdad.

Desaparece de nuevo en el agua, tiene los pies aún apoyados en el fondo y como una "u" patas para arriba (o mejor dicho, para abajo) se desata de otro grupo de bloques de hormigón.

Trepa el declive de la pileta y en dos pasos tiene ya el agua a la altura de las

rodillas. Viste unos mocasines negros sin medias, unos calzoncillos largos, escoceses, una camisa vieja y un buzo gris que antes usaba para jugar al paddle.

Debajo de la lengua tiene una llaga, que le molesta como un vidrio roto, como despertarse y pisar una botella que se cayó anoche de la cama y luchar contra el dolor de cabeza y del cuerpo para poder concentrarse y escupir esos cristales. Cuando da un sorbo a su bebida siente que se le va a perforar la boca y hasta puede sentir cómo se desliza el líquido por el cuello y de ahí al pecho y sigue bajando. Toma para matar algún tipo de dolor y en realidad consigue suplantarlo con una infinidad de dolores más pequeños.

La casa tiene por detrás una gran puerta de vidrios espejados, que está abierta y sólo hay un velador adentro como fuente de luz, al lado de la radio. Entra. Aún quedan en la casa algunas cosas, una camilla, una silla de ruedas en un rincón, un nebulizador y una colección de frasquitos con rótulos inentendibles, todo cubierto de una gruesa capa de tiempo, que da cuenta de que hace mucho polvo todo está abandonado (perdido sería más adecuado).

Lo único que lo distingue de la quietud de la casa son los chorros de agua verde que caen o crecen desde su ropa, de su pelo, de los dedos, pero es casi una cosa más, tan inanimado como una piedra.

Es una pena que se ocupe el tiempo mirando un partido de fútbol o una película y no observando otra infinidad de detalles cautivantes del mundo. Cuando en un canal de televisión pasan el proceso en el cual un pimpollo se transforma en flor, eso pasa de verdad. Eso pasa en el mundo, en la vida, y no pasa en cincuenta años sino en un par de horas, algunas cosas, en el tiempo que dura un partido de fútbol. Eso sí, es menos vertiginoso. Los ojos como de estatua, resecos, sin brillo. Muy lento van apareciendo gotas ínfimas que se abren paso, no se nota, pero pasa, como cuando uno mira una nube y no cambia, pero de repente es la cabeza de un caballo o un ventilador, o un vikingo, así, de la nada. Pasa.

Hay brillo en sus ojos, ha recuperado la vida. Con los pies corre los diarios y los panes y las botellas que hay en el suelo. Abre un camino en medio de la sala en línea recta con la puerta espejada como fin. Con sus últimas fuerzas corre la mesa y extiende el sendero, tiene un metro de ancho, o poco menos. Alza la silla de ruedas y la coloca en un extremo de la senda; corre afuera y recoge dos trozos de soga, cierra las puertas, ata sus pies en la silla aunque ya está entregado y por ninguna razón se resistiría.

Comienza muy despacio, como todo, porque no tiene energías. Un poco más rápido, las ruedas ceden al principio de inercia. Él acercándose de un lado del espejo. Él acercándose del otro, corriendo a la muerte por partida doble. Recién ahora se da cuenta de lo triste de su figura, sus piernas flacas, los brazos agitándose como las alas de una mosca. Un segundo eterno y ya no es más él contra él, y cree que ya no hay espejo, y puede ver la pileta, más allá los álamos, el perfume del jazmín, el gusto a sangre en la boca y sobre las piernas millones de renacuajos que había en la pileta. Hay una puerta, y se estrella y los vidrios vuelan para todas partes y ya no es una trompada al pecho, sino un martillazo en la coronilla que lo duerme instantáneamente.

La quinta es ahora lo más silencioso del mundo, las criaturas se han inhibido por el estruendo y él yace en el suelo, inmóvil. En un par de horas despertará con un humor de perros, pero no se rendirá. Así es su lucha contra la inmortalidad.

No soy el héroe, soy su encarnación.
No me lo propuse, nací siéndolo. Nadie lo sabía y mi vida es como un reflejo de la suya, aunque lo descubrí hace muy poco.
Ahora sé de manera muy profunda que nunca voy a lograrlo, la simple conciencia de ser una encarnación plantea auto cuestionamientos.
No soy una subclase, soy una línea paralela, pero no soy el primer trazo.
También hay que considerar otra cosa.
El héroe fue la encarnación de aquel famoso ladrón, que robó los zapatos junto a la cama del rey, la noche de invierno en que decidió que comenzara la guerra.

En la cima de una montaña

En el centro de una montaña, en el fondo de una cueva, en la profundidad de las rocas, en el frío de la soledad, en la quietud de la distancia, en el silencio del sabio, en el escondite más recóndito del mundo, a salvo del hombre existe una comunidad secreta destinada a descubrir el último número, buscando el límite más extremo del infinito.

En la sala principal, en absoluto silencio el sabio se encuentra sentado en su escritorio, perfectamente iluminado por numerosos candelabros y secundado por su aprendiz, quien controla que ningún número se pierda y se encarga de las tareas de archivo. El sabio escribe día y noche, un número tras otro, constantemente. Hace cientos de años, cuando todo comenzó, un sabio escribió un 1 en una hoja de papel, hoy el número al que se ha llegado requiere de complejos ciframientos que admito no comprender.

En la creencia de estos hombres está la idea de que un día cualquiera el sabio se topará con el último número de la lista y le será imposible continuar, para mostrarle así al mundo el límite del tiempo, de la cantidad, de la invención del hombre, los números.

Suena el despertador. Son las cinco y media de la mañana. Un hombre se despierta. En silencio se pone su bata y camina hasta el baño. Abre la canilla de agua fría y lava su rostro, luego sus dientes y se afeita. Camina hasta la cocina, prende dos hornallas, sobre una pone una pava y sobre la otra un jarro de acero inoxidable lleno de leche. Abre una de las puertas del bajo mesada y saca dos tazas y un mate de loza. Del cajón de los cubiertos, saca una bombilla. Carga el mate con yerba y bate café hasta conseguir que se forme una crema de color claro. Pone en el tostador algunas rodajas de pan y sobre la mesa un frasco de mermelada y una mantequera. La leche y el agua están a fuego lento. Camina hasta la habitación de su hijo y lo despierta, luego, abre las cortinas y se retira. Despierta también a su hija, con un beso, también abre las cortinas y se retira. Llega a su cuarto y con sorpresa descubre que su señora no está en la cama. La encuentra en la cocina, las tazas con café están en la mesa y ella toma mate sentada en la mesada. Le da los buenos días con un pequeño beso. Acepta un mate y vuelve a su habitación. Cierra la puerta. Abre el armario y elige un traje, una camisa, una corbata y un par de zapatos, aunque no lo convence del todo la corbata. Se viste, se perfuma y regresa a la cocina. Toma mate con su señora y come dos tostadas con muy poca manteca pero bastante dulce que le prepara su hija. A veinte minutos de las ocho de la mañana besa a su señora y sale junto a sus dos niños. En el coche habla de fútbol con su hijo y acuerdan ir a ver un partido en el fin de semana. Cuando llegan a la escuela les desea buena suerte y los besa en la mejilla. Se las ingenia para, sin que ellos lo noten, poner un chocolate en el bolsillo de cada uno. Entra a la empresa y camino a la oficina recibe los buenos días de una docena de camaradas. Saluda a su secretaria y decide cambiarse la corbata. Encuentra sobre su escritorio una planilla, a través de ella se dejarán cesantes a cuarenta operarios de una de las fábricas dependientes de la empresa. Tras firmarla abre uno de los cajones del escritorio donde elige una corbata. Mientras se hace el nudo la secretaria le avisa por el intercomunicador que a menos de un kilómetro hay una cebra herida. Él le agradece, abandona sus tareas y corre frenético hacia el animal. El sol llega a lo más alto del cielo en la sabana, insinuando el mediodía. A lo lejos se escuchan las risas de los voraces animales, alimentándose, desperados luchando con los buitres.

A veces siente que los años le impiden hacer las cosas, pero prefiere no prestar atención. Tiene la fuerza de una manada de búfalos, pero no en sus brazos, en su corazón. A las cuatro y media de la tarde recoge a su nieta de la escuela y juntas pasan a buscar al más pequeño. De allí pasan por un almacén donde compran leche y pepas para la merienda. Caminan de regreso a casa. Estas tareas se tor-

nan a veces un tanto complicadas, porque hay que prestar atención en las esquinas y en el almacén ya que a veces el pequeño se distrae mucho o cree que le puede pasar algo muy malo si una señora se le interpone en el camino o si un día no está la misma leche de siempre o las mismas galletitas. Él siempre corta tres flores en el camino, siempre busca flores distintas, o al menos que no se repitan de un día a otro. Luego las guarda en un bolsillo y en una esquina, se hace el distraído y las saca como un descubrimiento. Él se queda con una, y le da una a su hermana y una a la abuela. Ellas le agradecen y le dan un beso en la frente. Llegan a casa y corre hasta el fonógrafo donde hecha a andar un disco de María Helena Walsh que era de su mamá y baila animado mientras se prepara la merienda. Luego toman leche chocolatada bien fría y comen pepas. Dice que es su comida preferida. Ella, enorme, mientras tanto revisa los cuadernos y cuando terminan ya sabe que la niña debe hacer tarea de matemáticas y ciencias naturales, al tiempo que se encargará de bañar al pequeño. Por lo general todo esto sucede sin sobresaltos, desde el mediodía se encarga de verificar que todo esté en el lugar correcto, que todo funcione y a las seis y media de la tarde puede comenzar con la cena. Su nieta mira dibujos animados en la habitación, pero él la acompaña, desde una butaca en silencio la observa cortar cebollas y tomates para la salsa de los fideos. Ella todas las noches cocina tallarines con boloñesa y mientras los prepara relata el proceso como si fuera una cocinera en la televisión y él la mira encantado. A las ocho y media de la noche cenan, luego cada uno se pone su pijama y al mismo tiempo los tres se lavan los dientes. Los lunes y martes ella ocupa el lugar central, frente al lavabo y el espejo, los miércoles y los viernes la niña, los jueves y los domingos, el mas pequeño. Cuando terminan, los niños se acuestan y ella, entre las dos camas toma asiento y espera a que ambos estén bien dormidos. Alrededor de las diez de la noche camina hasta la cocina, toma sus medicamentos y se va a dormir. Una noche de noviembre deja abierta la ventana de su cuarto y un taxista se sorprende al ver una paloma blanca revoloteando, saliendo de una casa, escalando hasta el cielo.

Julián es un nombre con vuelta, si uno se imagina el nombre es como un tobogán, o como un rulo o un anzuelo. Julián es un chico con rulos, es risueño y todo es un juego. Tiene tres años y va al jardín. Entre sus compañeros es uno de los más pequeños, siempre está en el frente de las filas, pero se distrae y corretea y las maestras no pueden alcanzarlo. A los dos años dejó de usar pañales, pero aún le gusta mucho tomar jugo de durazno en su mamadera. Cabe aclarar que al jardín no la lleva, porque no corresponde y porque acordó con su mamá que como ya es grande... no corresponde. Es un secreto entre ellos. Su papá trabaja en una ferretería, pero Julián sólo sabe que vende pinturas y sueña con pintar aviones como él. Su mamá cocina el puré más rico del mundo y con eso alcanza para ser feliz. Tiene un baúl repleto de juguetes pero siempre juega con el mismo coche de madera y con un balde repleto de bolas de plastilina. Hace una forma y llama a su mamá, ella le dice que es hermoso. Él le explica que es una barra de chocolate, o un cangrejo, o un avión. Aclara que algún día va a pintar aviones. Después toma la merienda y siente que su corazón empieza a latir con mayor rapidez, porque sabe que en poco tiempo va a llegar su papá. Entre los tres preparan la cena y

ponen la mesa. Comen puré de zapallo y una porción de pollo. Después de comer, Julián corre hasta la frutera para buscar tres bananas, luego de un cajón toma un plato y vuelve a la mesa. Esta vez se sienta sobre las piernas de su papá. Papá pela las bananas, las pisa y mientras los tres disfrutan del postre Julián les cuenta las cosas que pasaron en el jardín y durante todo el día. Cuando todo esto termina, mamá lo acompaña al baño y se lavan los dientes, luego van al dormitorio, lo ayuda a ponerse el pijama, lo acuesta y lo arropa. Mientras tanto su padre recoge la mesa y lava los platos. Julián es pequeño y necesita que su mamá lo acompañe todas las noches, hasta dormirse. Ella se queda alrededor de media hora una vez que él parece ya estar dormido, luego con mucho sigilo se levanta y sale de la habitación, sin apagar la luz, para que si en medio de la noche lo despierta una pesadilla, pueda comprender con claridad que no pasa nada malo. Pero Julián no se entrega al sueño, se queda inmóvil el mayor tiempo posible y convence a su mamá de que está dormido, pero no puede hacerlo tan fácil, porque le da miedo la noche. Se queda muy tarde, hasta que no puede resistir más y en las mañanas se enoja consigo mismo, porque piensa que en el tiempo que no estuvo despierto un monstruo podría haber aparecido y dejarlo pelado. Pero por suerte no pasó. Así sucede todas las noches, hasta que un miércoles, después que su mamá se para y va acostarse, espera un rato y luego se levanta, apaga la luz, vuelve a su cama y se duerme.

Soy el pulmón de una mujer a punto de ahogarse. Un pino rojo compuesto por cien mil bolsas de aire, muy pequeñas, muy pequeñas; cubiertas de conductos que traen y se llevan la sangre. Soy una bolsa de bolsas. Me estremezco, me cierro, me oprimo como un puño. Me reduzco a la mínima expresión. Cada alveolo se vacía de aire y sangre. Soy una piedra.

Un silencio.

Una gotera empieza a reanimarme. Cae sobre mi frente y me despierta. Agua. Ríos. Canales que se abren camino destruyendo todo a su paso. Exploto, ahora soy infinito.

Ya no soy mas un pulmón.

Soy el Senna.

Tomo el libro de Pedro Bedascarrasbure como un bote para navegar en ese Río, recorro los textos de a uno, de a dos, todos. Cada uno una metafórica forma del río: la eternidad; el vértigo del dialogo, el cambio; el laberinto circular que no termina, se repite; la respuesta a la muerte; el número; la pesadilla que sueña a la durmiente; la reencarnación. Temas enraizados en la literatura que no por ello dejan de ser originales. El bote se hace río, se une a otros libros, los toma, los hace su propio río, la parte de un río enorme que seguirá salpicando y mojando otros votes.
Nado por los recovecos del libro estructurados bajo la forma indefinida de un río, el Senna, el Rin, o cualquier otro, el nadar es placentero. La corriente me despide hacia los lados. Salgo del libro, el libro sale. "Exploto, ahora soy infinito. Ya no soy más un pulmón.
Soy el Senna."

Martín Calabrese

